vesía se hace inmensa en la imaginación y los sentimientos de Felipe Ángeles: recuerda el desastre de Madero, la amargura veloz de su primer exilio en Europa, su regreso a las filas del constitucionalismo, la gloria junto a Villa en Torreón y Zacatecas, la derrota de Celaya, de León, el nuevo exilio; adivina, según el capricho literario de Solares, las condiciones de su regreso con un Villa agotado, su aprehensión y su fusilamiento.

> [...] noche que le parece anterior a todas cuantas vivió, primordial y única. Pozo ciego y barboteante que lo fascina y lo conduce.
>
> En ese sueño, que lo es y no lo es, duermevela que difumina la frontera entre vigilia y dormir, se le agolpan nuevas imágenes, acuciantes, impostergables, reveladoras.

La enorme noche de Ángeles es tan delicada que termina por disolverse. Su mayor virtud no es anecdótica, sino simbólica. También es una suerte de engaste: sobre su cuerpo Ignacio Solares monta los productos de su reflexión, su imaginación y su recuento histórico. En dicho producto, Solares hace suyas las ventajas que ofrece, argumentalmente, el destino trágico del que se ocupa, así como las dimensiones panorámicas de su conflicto con el entorno.

Las operaciones de la inteligencia de Ignacio Solares practicadas sobre su materia de trabajo se revelan en las inflexiones de su lenguaje. Las voces gramaticales que se alternan en *La noche de Ángeles* cumplen con exponer la serie de acontecimientos que constituyen la narración, así como la reflexión en torno de esa misma serie. Solares parece querer enunciar su novela por medio de interrogaciones, de dudas, de preteribles reveladores. De ahí esa suerte de juicio nocturno en una barcaza instruido por la voz narrativa a Felipe Ángeles.

Junto a la imaginación literaria, Ignacio Solares ha practicado el ensayo. Sus páginas pertenecen menos a la ficción histórica que a la ficción política. Me refiero a la postulación, en el terreno de la literatura, de una crítica de los acontecimientos, de las ideas y de las actitudes vitales involucradas en los materiales históricos. Me refiero también a una postulación no menos necesaria en cualquier ficción política perdurable: la de las inquietudes que habitan los días del autor. ◊

Ignacio Solares. *La noche de Ángeles*. Editorial Diana, 1991, 188 pp.

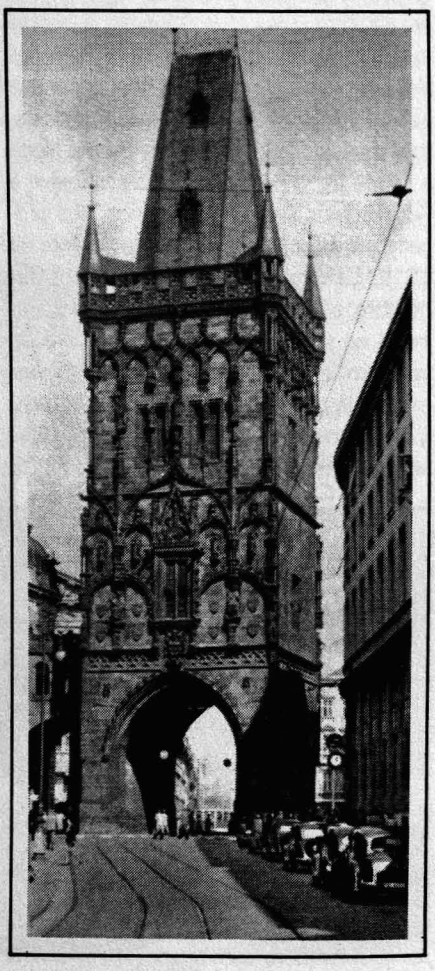
Un hombre solitario

Julio Patán

La "ruidosa soledad" del título es la de Hanta, encargado desde hace ya treinta y cinco años de poner en funcionamiento una inmensa máquina prensadora en algún subterráneo de Praga.

Hanta es, en efecto, un hombre solitario. Su trabajo le obliga a ensamblar grandes fardos de papel viejo que habrá de convertirse en materia reciclable. Sus contactos con el hombre se limitan a las peleas con su jefe y a la convivencia esporádica con dos prostitutas gitanas: Hanta vive en y por el papel. Y es que, pese a todo, es feliz.

El trabajo entre libros (los libros son las principales víctimas de la prensadora) ha hecho de Hanta un hombre –él suele decirlo– culto. Ha leído a Hegel, a los clásicos griegos y a Lao Tse, a Nietzsche, a Camus y a Sartre, y ahora está convencido de que la vida nace de la destrucción, y de que el vértigo es inmanente al hecho de existir, y de que la paciencia y la resignación han de ser, por lo tanto, patrones de vida y paliativos de la pérdida. Por eso es feliz en su trabajo; por eso es capaz de condenar a la destrucción a tantos libros y de resignarse a salvar sólo unos pocos; por eso –plausiblemente– puede vivir sin el hombre.



Hanta tiene dos claros antecedentes literarios en el Mersault de *El extranjero* de Camus, y en Kien, el solitario erudito retratado por Canetti en *Auto de fe;* comparte, por lo menos, la apatía moral del primero y la soledad bibliófila del segundo. Hay que reconocer, sin embargo, que la originalidad no parece ser la inquietud primera de Hrabal. No podría ser de otra forma: hay pocas cosas tan ajenas a la aridez existencial de Hanta como el ímpetu de un amante de las revoluciones literarias. *Una soledad demasiado ruidosa* es una novela tan quieta como la vida de su personaje: cualquier sensación de movilidad la destruiría del mismo modo en que la vida de Hanta termina cuando deja de poder ser rutinaria; su principal virtud está, precisamente, en la capacidad de su autor para impregnar cada momento del texto con una atmósfera de monotonía y desinterés francamente desoladora, sin duda compatible con el hombre que la padece. Si Hrabal tenía intenciones de transmitir aburrimiento al lector, *Una soledad demasiado ruidosa* debe considerarse un éxito.

convertirse en uno. La insensibilidad que priva en su ser social es, en definitiva, un poco menos triste que el contexto que le ha dado cabida. Históricamente, es víctima de la Segunda Guerra Mundial y –hecho siempre expresado de una forma más sutil– del gobierno comunista checo; vivencialmente, de la incomunicación, propia y ajena.

Hrabal (Brno, Checoslovaquia, 1914) fue, en su momento, víctima de las prohibiciones gubernamentales de su país. Su obra novelística es, no obstante, de una respetable amplitud. Incluye, además de la obra que nos ocupa, *Trenes rigurosamente vigilados* y *Yo que he servido al rey de Inglaterra,* también editada en español. ◊

Bohumil Hrabal: *Una soledad demasiado ruidosa* Traducción de Mónika Zgustova. Ediciones Destino, colección "Ancora y Delfín", vol. 647. México, 1991, 160 páginas.